



Quirarte Castañeda, Vicente (2017).

*Literatura, ciudad y paisaje.*

p. 13-24

En:

Arte, historia y cultura: Nuevas aproximaciones al conocimiento del paisaje / Félix Alfonso Martínez Sánchez; Karla María Hinojosa de la Garza; Armando Alonso Navarrete, coordinadores. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2017.

Fuente: ISBN 978-607-28-1286-4 (versión electrónica)

Relación: <http://hdl.handle.net/11191/6899>

Universidad  
Autónoma  
Metropolitana  
Casa abierta al tiempo **Azcapotzalco**

**CYAD**  
Ciencias y Artes para el Diseño

**medioambiente**

<https://www.azc.uam.mx/>

<https://www.cyad.online/uam/>

<http://www.medioambiente.azc.uam.mx/jefatura.html>

**Área de Investigación  
Arquitectura del Paisaje**

**Repositorio Institucional**

**Zaloamati**

"Preservar con amor y cariño el saber"

<http://zaloamati.azc.uam.mx>



Excepto si se señala otra cosa, la licencia del ítem se describe como

**Atribución-NoComercial-SinDerivadas**

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

D.R. © 2017. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias y Artes para el Diseño, Departamento del Medio Ambiente, Área de Investigación Arquitectura de Paisaje. Se autoriza copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando se den los créditos de manera adecuada, no puede hacer uso del material con propósitos comerciales, si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado. Para cualquier otro uso, se requiere autorización expresa del titular de los derechos patrimoniales.

## Literatura, ciudad y paisaje

Vicente Quirarte Castañeda

Agradezco cumplidamente a los coordinadores del evento *Arte, Historia y Cultura. Nuevas aproximaciones al conocimiento del paisaje*, su invitación y las facilidades proporcionadas para permitirme participar en este coloquio que ha reflexionado sobre el presente y posible porvenir del paisaje, así como el papel y la responsabilidad que en sus modificaciones tenemos los humanos. El título me fue dictado por los organizadores y la trilogía, *literatura, ciudad y paisaje* me ayuda a establecer puntos rectores del presente ensayo.

El primero es preguntarnos si el orden de los factores altera el producto. Como entidad concebida para concentrar y repartir entre sus habitantes los más altos beneficios de la civilización, la ciudad es origen y receptáculo de la palabra. Ella es forjadora y acumuladora de historias. A semejanza de una cebolla o del propio planeta, da testimonio de las diversas capas que la conforman. El paisaje es el tercer elemento que permite unir ciudad y palabra. Naturaleza, humanidad y arquitectura son tres elementos que intervienen para integrar lo que denominamos paisaje, aquello que lo vuelve no una entidad fija sino un organismo vivo y en constante transformación.

El análisis que haré se refiere mayormente a nuestra capital, pues este acto se lleva a cabo en su corazón y en uno de sus edificios más significativos, la Casa de la Primera Imprenta. De acuerdo con la tradición, en ella nació la cultura impresa. Aquí se cortaron tipos, se formaron y entintaron planas, salieron al mundo los primeros libros mexicanos. De acuerdo con la erudición de José Rogelio Álvarez, en una de las mejores entradas de su monumental Enciclopedia de México, “está bien definido que en septiembre u octubre de 1539 llegó a la ciudad de México el italiano Giovanni Paoli o Juan Pablos [...] quien a instancias del obispo fray Juan de Zumárraga y del virrey Antonio de Mendoza, mandó instalar a Pablos un taller de imprenta, publicando a fines de este año la obra *Breve y más compendiosa doctrina christiana en lengua mexicana y castellana que contiene las cosas más necesarias de nuestra sancta fe cathólica, para el aprovechamiento de estos indios naturales y salvación de sus ánimas*”.

México. Capital que hace uso del nombre del país y devora y centraliza cotidianamente sus recursos y operaciones. *De la famosa México el asiento*, dice uno de los poemas consagrados a ella, la *Grandeza Mexicana* donde Bernardo Balbuena cantó en 1604 los esplendores de la capital de la entonces llamada Nueva España. *Ciudad de los batracios*, la rebautizó José Emilio Pacheco cuando la urbe se convirtió en la más poblada del mundo y dejó atrás la utopía de la Ciudad de los Palacios a la que habré de referirme posteriormente.

En su segunda acepción, el Diccionario de la Lengua Española define paisaje como “porción de terreno considerada en su aspecto artístico”. La definición del diccionario parece insuficiente, pues tan importante es la interpretación que por medio de sus óleos monumentales que del valle de México hace José María Velasco o la elegía de Alfonso Reyes en su “Palinodia del polvo”, como el

papel que desempeña el ser humano en la conformación del escenario, como demuestra Casimiro Castro en las litografías de su álbum *México y sus alrededores*, donde concede importancia a montañas y nubes, a edificaciones monumentales, pero igualmente a los pobladores que ocupan y modifican el ámbito urbano, desde las mujeres con mantilla que asisten a la ceremonia religiosa hasta el más humilde cargador que en el puente de Roldán acarrea las mercancías, parte de una multitud individualmente diferenciada. Castro es el más importante litógrafo de la segunda mitad del siglo XIX, pero igualmente su notable cronista gráfico, el que mediante la imagen democratizante de la litografía da fe de las transformaciones de la urbe. Los esplendores de la litografía serán después los de la fotografía, como aquellas imágenes de 1850 que dan fe de la panorámica urbana. Ellas son sucedidas por visiones cinematográficas de la época de oro, donde el paisaje urbano se transforma en protagonista central. En la película *Del brazo y por la calle*, además de los créditos a Marga López y Manolo Fábregas, el director Juan Bustillo Oro añade como protagonista y actriz a la Ciudad de México.

La metamorfosis del paisaje tiene lugar mediante la intervención de la propia naturaleza, en sus fuerzas a veces benéficas, otras desastrosas; por cuestiones políticas, denominadas eufemísticamente “causas de utilidad pública”, como la desafortunada decisión de aquel gobernador de Campeche que ordenó el derribamiento de la muralla milenaria que rodeaba la ciudad, con el pretexto que le impedía la contemplación del mar. Aquí es donde se parecía la necesaria comunión entre el paisaje natural y su comunión, de preferencia armónica, con la luz armada de la arquitectura como síntesis de las artes mayores. Podemos cuestionar la arquitectura y urbanización de la ciudad de Pachuca, pero jamás la identidad intransferible que le otorga su reloj monumental en la plaza mayor. El poeta Gilberto Owen lo dijo con las mejores palabras: “En las escuelas de Pachuca, ¡qué fácil sería entender que la Tierra es redonda! No cóncava sino convexa, y que la naranja lo es, vista dentro, la otra mitad del cielo. Todo el pueblo se ha hundido por el peso del reloj central, que cada cuarto de hora inicia una canción denodada. Esta música, a la larga, llega a pesar más que la torre misma”.<sup>1</sup>

De acuerdo con la antigua tradición tolteca, sobre la que basa su grandeza espiritual el imperio azteca, ocupado en menesteres bélicos, una ciudad no tenía plena existencia mientras en ella no existiera una casa de canto, idea que llega hasta el siglo XX en un libro como *As de oros*, donde el poeta Rubén Bonifaz Nuño recuerda sus combates iniciales con las armas y las letras y escribe:<sup>2</sup>

Amé también los labios puros  
de la sabiduría; su juego  
ilustre de lumbres y palabras,  
con su interestelar ascenso  
de enlazados cuerpos, de ciudades  
eternas fundadas sobre el canto.

<sup>1</sup> Gilberto Owen, *Novela como nube*. Introducción de Vicente Quirarte (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2004), 40.

<sup>2</sup> Rubén Bonifaz Nuño, *As de oros* (Sevilla: Gráficas del Sur, 1980), 10.

Fatalidad y bendición para la gran Tenochtitlan haber sido fundada sobre el canto. El ardor bélico de los aztecas se oponía al cultivo del espíritu. ¿No ocurre así hoy, cuando las tinieblas desatan sus panteras en todo el territorio de la patria mutilada? El reino de la ira dura el lapso en que se descarga. Cuesta más restaurar el de la armonía, pero gracias a ella persistimos. Como advierte Ignacio Bernal, en una de las más precisas y dolorosas metáforas de nuestro diario destino: “[...] estos lagos son los creadores y destructores de los pueblos que produjeron. Generosos, todo han dado al hombre para quitárselo después bajo el lodazal. Ahora se encuentran secos y toman venganza de la ciudad que los ha destruido, haciendo de ella un barco que se hunde lentamente”.<sup>3</sup>

A unos cuantos pasos de donde nos hallamos, de acuerdo con la tradición establecida a partir de la lectura de varias fuentes, los peregrinos de Aztlán encontraron en una realidad tangible el símbolo que les permitía fundar la ciudad de acuerdo con la armonía celeste. Las espinas de la tuna en la base daban idea del arraigo difícil a la tierra. Las alas del águila real prometían la elevación celeste. Feraz, hostil y poco adecuado era el espacio, pero más grande la fe y la tenacidad de sus fundadores. Podemos hacernos una idea del paisaje que encontraron esos primeros pobladores gracias a la reproducción que se encuentra en el corazón del Museo Nacional de Antropología. El visitante experimenta un rito de paso desde que se incorpora al vasto espacio monumental del patio y a la enorme sombrilla-fuente que lo acoge. Al fondo está la sala Mexica. Para llegar a ella es preciso atravesar el patio, mirar desde lo lejos el gran caracol de piedra que evoca tanto las grandes celebraciones como el llamado a la defensa de la ciudad. En medio hay un estanque en el que habitan peces y tortugas, en homenaje a la condición lacustre de la gran Tenochtitlan. Los carrizales y bambúes sembrados a los lados regresan al visitante a ese momento en que los fundadores de la ciudad –al mismo tiempo sus descubridores– encontraron el sitio determinado por los dioses. Sobre el umbral, donde se adivinan las palpitations de la monumental piedra del sol, una frase en náhuatl *In Itenyo in Itauhca in Mexico Tenochtitlan*, y su traducción al idioma que ahora nos hermana: “Gloria y fama de México Tenochtitlan”. En el muro de la izquierda, unas palabras extraídas de los Memoriales de Culhuacán enfatizan el anhelo de quienes, al fundar la ciudad, la concibieron eterna:

En tanto que permanezca el mundo,  
No acabará la fama y la gloria  
De México Tenochtitlan

En el patio del museo, la flora y la fauna de un ámbito fundamentalmente lacustre son las mismas, se pretende, que miraron los primeros mexicanos y los ojos asombrados de hombres de armas venidos del otro lado del mar. En una imagen desarrollada por Tomás Filsinger<sup>4</sup> puede apreciarse cómo era aquella ciudad.

<sup>3</sup> Ignacio Bernal, *Tenochtitlan en una isla* (México: Secretaría de Educación Pública e Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1980), 14.

<sup>4</sup> La imagen de referencia se puede consultar en <http://www.mexicomagico.org/TenochA.htm>.

En una tesis doctoral actualmente en proceso, Orly Cortés subraya que la nuestra es una ciudad fundada en la memoria. Lo anterior puede afirmarse de cualquier asentamiento urbano y en toda civilización encontraremos –como lo demuestra el trabajo ejemplar de los arqueólogos–, restos de la ciudad que ha sido a lo largo de los años. Inclusive una urbe tan reciente como Nueva York exhibe en el museo de su Historical Society algunos de los objetos rescatados de las profundidades de la Tierra. Lo que distingue a nuestra ciudad es que fue construida sobre la base de lo destruido. La nueva ciudad trató de segar todo vestigio de la civilización vencida. El ejemplo más claro de la presencia de la Historia lo proporciona el cuento “Chac Mool”, de Carlos Fuentes, incluido en su primer libro de cuentos, *Los días enmascarados*, de 1954. Si bien puede ser leído como un magistral cuento de fantasmas, simbólicamente significa la permanencia de la historia y su eterno retorno: el tiempo cronológico frente a la omnipotencia del tiempo cíclico, continuamente renovado. ¿Qué hemos hecho con la ciudad en estos siglos? En 1469, unos años antes de la caída de la ciudad en manos de los españoles, el rey poeta Nezahualcóyotl había celebrado la transparencia del aire, que con el paso de los años adquiriría categoría de leyenda.

“La ciudad sobre el lago”

La niebla se tiende sobre nosotros:  
Que broten nuevas flores bellas  
y estén en vuestras manos entretejidas  
¡será vuestro canto y vuestra palabra!

Flores de luz erguidas abren sus corolas  
donde se tiende el musgo acuático, aquí en México,  
plácidamente están ensanchándose,  
y en medio del musgo y de los matices  
está tendida la ciudad de Tenochtitlan:  
La extiende y la hace florecer el dios:  
Tiene sus ojos fijos en sitio como éste,  
los tiene fijos en medio del lago.

Columnas de turquesa se hicieron aquí,  
en el inmenso lago se hicieron columnas.  
Es el dios que sustenta la ciudad,  
y lleva en sus brazos a Anáhuac en la inmensa laguna.

Y en 1983, en el poema “Tercera Tenochtitlan”, Eduardo Lizalde traza un mapa, visto desde el aire, del nuevo monstruo engendrado por la modernidad:

Y es grande nuestra monstrua, de verdad.  
Aterra verla desencadenarse a la distancia,  
conservando su hermosura y su fealdad de bestia antigua,  
despellejada, ajada y florecida a un tiempo  
con su buena planta y casta  
de encarnado alebrije proboscídeo.

Cinco siglos separan a ambos poetas. Cinco siglos en que se ha deteriorado la armonía entre el hombre y su entorno. Colorida, diáfana y en comunión con el Dador de la Vida, la de Nezahualcóyotl. Hostil, caótica, “escriturada por el Diablo”, la de Lizalde. El poema de Lizalde aumenta con la violencia y el desencanto con que la ciudad avanza en su decadencia. La nueva grandeza mexicana tiene su contraparte en la ciudad miserable que crece como adolescente incómoda con su propio cuerpo, sin armonía ni orden. La dedicatoria del poema de Lizalde reza: “A Efraín Huerta, poeta de la ciudad”. Con *Los hombres del alba*, aparecido por primera vez en 1944, Huerta hace entrar a la Ciudad de México en la poesía lírica. Sus declaraciones de odio es el poema de amor más intenso que se ha escrito sobre la urbe. En otro poema, éste de 1958, “Avenida Juárez”,<sup>5</sup> el poeta escribe: “No se tiene respeto ni para el aire que se respira”. Situado cronológicamente, el verso alude a la represión política que en ese momento histórico el Gobierno desataba contra el movimiento ferrocarrilero. Leída en el peor momento de nuestra contaminación atmosférica, adquiere el carácter ecológico que Huerta no intuía. Leída en este fatídico 2015, la declaración de Huerta “No se tiene respeto ni para el aire que se respira” vuelve a adquirir matices políticos desoladores.

Eduardo Lizalde fija la versión final de su poema *Tercera Tenochtitlan* en el año 2000. Y es entonces cuando escribe: “Nací en la Ciudad de México, ya se sabe, pero hoy es tan angustiosamente extensa, compleja y cambiante que ya no la conocemos sus hijos sino fragmentariamente, y el más devoto panorama histórico, pictórico o literario que sobre ella se intente, no puede aspirar más que a una pobre vista, desolada o feliz, que borroneamos a vuelo de pájaro”. Las palabras de Lizalde son comprobables, pero también es cierto que los humanos tendemos a ejercer, ante la menor provocación, el oficio de la nostalgia, a pensar en que todo tiempo pasado fue mejor. En 1938, cuando la ciudad era abarcable, Salvador Novo declaraba que uno sólo puede aspirar a ejercer unos cuantos de sus sitios.

La obra de arte se adelanta a la formulación teórica. Lawrence Buell, profesor emérito de la Universidad de Harvard, desarrolla en su obra *Environmental Imagination*, su teoría de la ecocrítica, que lee las obras literarias desde la perspectiva ecológica. En un libro reciente de nuestro mexicano domicilio, y que constituye una obra de consulta ideal para nuestro coloquio, *El medio ambiente de México a través de los siglos*, José Iturriaga de la Fuente, fiel a su inquietud por el rescate de crónicas extranjeras, escribe las siguientes palabras:

El concepto de ecología y otros conexos son de reciente cuño, en todo caso del siglo XX e incluso algunos de sus postrimerías. Equilibrio ecológico, biodiversidad, desarrollo sostenible o sustentable, ecosistemas, ciencias del ambiente, eutrofización, lixiviados, biota, ambiente global, cadenas alimentarias, ambientalismo, desertificación, polución, esmog, lluvia ácida, inversión térmica, factor invernadero, megadiversidad, reciclaje, calentamiento global, casi todo ello se identifica o surge en las últimas décadas. No obstante, aunque siglos atrás no hubiera una comprensión integral de

<sup>5</sup> Este poema lo puede consultar en Efraín Huerta, *Poesía completa*. Ed. por Martí Soler. Colección Letras Mexicanas (México: Fondo de Cultura Económica, 2004), 217.

esos fenómenos o se usaran otros términos para si acaso esbozarlos, nunca faltaron mentes agudas que vislumbraron los conceptos ambientales que hoy conocemos (o empezamos a conocer).<sup>6</sup>

En el libro de Iturriaga tiene un lugar de honor Alexander von Humboldt, a quien se atribuye como dogma la frase de que México era la Ciudad de los Palacios. En realidad, el autor de esa metáfora fue el inglés Charles Robert Latrobe en su libro *A Rambler in Mexico*, publicado en 1836. En él se refiere a la ciudad *de* palacios, complemento adnominal que establece una diferencia cualitativa y cuantitativa. El libro de Latrobe sirve de contrapunto para señalar la radical diferencia entre dos miradas viajeras. La de Latrobe es frívola, superficial y discriminadora, y no se cuida de matizarla. Sin embargo, no deja de reconocer que Humboldt es “el primero, el mejor y el único viajero moderno realmente filosófico, cuyas investigaciones, escritas hace treinta años, aún forman el libro de texto de cualquier visitante que desea conocer verdaderamente el país”.<sup>7</sup>

Viajeros anteriores y posteriores a Humboldt dieron noticia sobre la inverosímil transparencia del aire. Humboldt no se conformó con la admiración, sino por develar el misterio de esa transparencia. Thomas Gage, en su libro *A New Survey of the West Indies*, aparecido en 1648, al tener a la vista la Ciudad de México, exclama: “Nos pareció que la íbamos a tocar con la mano si bien distaba todavía la llanura donde está situada casi diez millas del pie de la montaña”. Dos siglos más tarde, Latrobe elogia “una gloriosa mañana en que el brillante sol iluminaba las fachadas de los edificios como plata y esmalte”. Pero si el país redescubierto por Humboldt es motivo de admiración y asombro, igualmente advierte sobre la disminución en las lluvias, producto de la tala indiscriminada de árboles:

Esta disminución de agua que ya se experimentaba desde antes de la llegada de los españoles, no habría sido muy lenta y poco sensible, a no haber contribuido la mano del hombre, después de la Conquista, a invertir el orden de la naturaleza. Los que han recorrido la península ibérica saben cuán enemigo es el pueblo español de plantíos sombríos en la inmediación de las ciudades, y aun de las aldeas. Parece pues que los primeros conquistadores quisieron que el hermoso valle de Tenochtitlan se pareciese en todo al suelo castellano en lo árido y despojado de su vegetación. Desde el siglo XVI se han cortado sin tino los árboles, así en el llano sobre el que está situada la capital, como en los montes que la rodean. La construcción de la nueva ciudad, comenzada en 1524, consumió una inmensa cantidad de maderas de armazón y pilotaje. Entonces se destruyeron, y hoy se continúa destruyendo diariamente sin plantar nada nuevo [...] La falta de vegetación deja el suelo descubierto a la fuerza directa de los rayos del sol. Y la humedad que no se había perdido en las filtraciones de la roca amigdaloides basáltica y esponjosa, se evapora rápidamente y se disuelve en el aire, cuando ni las hojas de los árboles ni lo frondoso de la hierba defienden el suelo de la influencia del sol y vientos secos del mediodía.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> José Iturriaga de la Fuente, *El medio ambiente de México a través de los siglos: crónicas extranjeras* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2002), 9.

<sup>7</sup> Charles Robert Latrobe, *A Rambler in Mexico* (Londres: R. B. Seeley y W. Burnside, 1836), 57.

<sup>8</sup> Citado en Iturriaga de la Fuente, *El medio ambiente de México*, op. cit., 188.

Con su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Humboldt hizo una gran aportación al redescubrimiento de nuestro continente, pero de la misma forma despertó la codicia del extranjero y contribuyó, acaso sin quererlo, a fomentar la leyenda de la riqueza mexicana. Uno de los fascinados por esa idea se llamó Napoleón III, que soñó con imponer un imperio en nuestra tierra. Lo encontró en la figura del archiduque de Austria, Fernando Maximiliano de Habsburgo.

Cuando Maximiliano llega a la Ciudad de México, en junio de 1864, hace su entrada no por la calle de Plateros, vía tradicional de los triunfadores, sino por la calle de Tacuba, la antigua calzada de Tlacopan. La primera calle se encontraba prácticamente destruida debido a la demolición del convento de San Francisco. Ante la medida adoptada desde el gobierno de Ignacio Comonfort, los conservadores satirizaban la medida diciendo que, como fieles románticos, los liberales querían fabricar ruinas donde no las había. Para llevar a cabo esa tarea demoledora, que no trajo las consecuencias de utilidad pública anheladas por el liberalismo, se acudió al carácter resuelto de Juan José Baz, quien emprendió una lucha a muerte contra los edificios religiosos. Ese gran historiador y defensor de la Ciudad de México llamado Guillermo Tovar y de Teresa hubiera estado de acuerdo en la afirmación de que Baz fue el mejor aliado del liberalismo y el peor enemigo de la arquitectura.

A pesar de la brevedad de su estancia en México, Maximiliano llevó a cabo una notable labor de modificación del paisaje. Además de la plantación que hizo en los jardines del castillo con ayuda del jardinero Wilhem Knechtel y los proyectos encomendados al arquitecto Carl Gangolf Kaiser, que de haber sido llevado a la realización hubiera modificado radicalmente el aspecto cuartelario de Palacio Nacional, trazó el inicialmente llamado Paseo del Emperador, cuya evolución es cuidadosamente seguida por el arquitecto Ignacio Ulloa del Río en su libro *El Paseo de la Reforma. Crónica de una época* (1864-1949).

Una de las medidas iniciales de Maximiliano fue habitar el palacio de Chapultepec y con eso convertir en hito urbano uno de los edificios ignorados desde su construcción a fines del siglo XVIII. Gran parte de óleos y grabados que representan la salida de Maximiliano y Carlota desde Trieste hacen elemento protagónico al castillo de Miramar. No es una metáfora: Maximiliano había encontrado finalmente el enclave para el palacio anhelado para el fin de sus días. No es casual entonces que buscara en territorio mexicano un lugar que le recordara, al menos en espíritu, su morada en Trieste. Su llegada a la Ciudad de México y su estancia en el Palacio Nacional fue tan desastrosa como breve. El centro de la ciudad lo ahogaba. Su espíritu poético encontraría la expansión deseada en el bosque de Chapultepec, en el cerro del mismo nombre y en la construcción que coronaba su cima. Cuando llegó al lugar, la situación tampoco era halagüeña.

[...] estaba en un estado espantosamente devastado al llegar nosotros. No había ni una ventana completa en todo el edificio, las cerraduras de las puertas habían sido arrancadas, el piso, que estuvo empedrado de ladrillos, como es el uso de por acá, había sido excavado y estaba lleno de huecos, las paredes se hallaban sucias y llenas de hoyos porque habían fijado palos de madera para colgar los uniformes.<sup>9</sup>

Fue preciso hacer varios ajustes para que la pareja imperial quedara instalada en unas habitaciones relativamente modestas, aunque para la decoración de la nueva morada hayan sido traídos de Europa muebles y accesorios. A Paula Kollonitz, una de las damas de compañía que acompañó a Carlota desde Miramar, se debe uno de los mejores retratos del país hallado por Maximiliano y Carlota. El capítulo VII de su libro *Un viaje a México en 1864* registra su visita a Chapultepec. Se extasía en el bosque y aunque le parece, al opinar del castillo que “la parte mayor del edificio es larga y estrecha, de fea forma e incómoda distribución”, por ella sabemos que la pareja imperial se instaló casi de inmediato en el castillo, cuyo mayor lujo era el paisaje. Las palabras de Paula Kollonitz ayudan a comprender cómo era en ese 1864 la Ciudad de México:

De aquí se goza en toda su extensión de la encantadora cadena de montañas dominadas por los volcanes. De aquí se admiran interminables campos de maíz y de magueyes circundados por arbustos de amaranto llenos de flores, de ubérrimos prados en los que el ganado padece, de bellísimos caminos y los acueductos que, con sus inmensos arcos, dividen en dos partes la ciudad. De aquí se goza la vista de todo México, y por la maravillosa pureza del aire, se distinguen cada casa y cada ventana [...] La luz, el colorido, la claridad, da a todas las cosas el más grande atractivo y las hace aparecer en su más fascinante esplendor; el cielo, con ilimitada altura, lo cubre todo [...] <sup>10</sup>

En su libro *El paisaje en la poesía mexicana*, María del Carmen Millán opina que el paisaje es como estado del alma y es descubrimiento del romántico. En efecto, el romántico se enfrenta con el paisaje y encuentra en él un espejo de su personalidad, compleja, desafiante, propositiva. María del Carmen Millán concluye su libro con el ensayo “El paisaje sinfónico”, donde rinde testimonio justo de gratitud al poema *Idilio salvaje*, de Manuel José Othón. ¿Qué sigue después? Como conclusión y principio de una polémica posterior, Jorge Cuesta concluye:

<sup>9</sup> Wilhem Knechtel, *Las memorias del jardinero de Maximiliano. Apuntes manuscritos de mis impresiones y experiencias personales en México entre 1864 y 1867* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2012), 99. Para un detallado y completo estudio sobre la estancia de Maximiliano en Chapultepec, remito al lector al espléndido prólogo de la maestra Gómez Tepexicuapan, así como a la muy cuidadosa selección de imágenes que dialogan impecablemente con el texto.

<sup>10</sup> Paula Kollonitz, *Un viaje a México en 1864* (México: Secretaría de Educación Pública, 1976), 126-127. Maximiliano nació el 6 de julio de 1832 en el castillo de Schöbrunn, en Austria. Llegó por lo tanto a México al año 32 de su edad; Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (México: Porrúa, 1966), 119. La descripción del paisaje coincide con la hecha antes por Alexander von Humboldt, que la precede de las siguientes palabras: “Ciertamente no puede darse espectáculo más rico y variado que el que presenta el valle, cuando en una hermosa mañana de verano, estando el cielo claro y con aquel azul turquí propio del aire seco y enrarecido de las altas montañas, se asoma uno por cualquiera de las torres de la catedral de México, o por lo alto de la colina de Chapultepec”.

Cuando el aire es homogéneo y casi rígido  
y las cosas que envuelve no están entremezcladas,  
el paisaje no es un estado de alma  
Sino un sistema de coordenadas.<sup>11</sup>

Cuesta establece aquí una abierta provocación al paisaje romántico como un estado del alma de quien contempla y es contemplado por el paisaje. A ese estado emocional opone la rigidez de la geometría. Rigidez aparente, porque es apasionarse en los objetos y no de apasionarse con ellos. En sus *XX poemas*, Salvador Novo (1925) se vale de herramientas vanguardistas para trazar el dibujo antisolemne de su México bronco:

Los nopales nos sacan la lengua;  
Pero los maizales por estaturas  
–con su copetito mal rapado  
y su cuaderno debajo del brazo–  
nos saludan con sus mangas rotas.

Los magueyes hacen gimnasia sueca  
de quinientos en fondo  
y el sol –policía secreto–  
(tira la piedra y esconde la mano)  
denuncia nuestra fuga ridícula  
en la linterna mágica del prado.

“Voy a embriagar de elogios a mis clásicos. Después voy a respirar deliciosamente libre”, advierte Owen en una carta a Alfonso Reyes. Semejante audacia deconstructiva la lleva a cabo el poeta cuando hace de la patria chica el Universo; de un fragmento de vida, una epopeya:

Preso mejor. Tal vez así recuerde  
otra iglesia, la catedral de Taxco,  
y sus piedras que cambian de forma con la luz de cada hora.  
Las calles ebrias tambaleándose por cerros y hondonadas.  
Y no lo sé, pero es posible que lllore ocultamente  
al recorrer en sueños algún nombre:  
“Callejón del Agua Escondida”.

De la generación que la Historia conoce con el nombre de los Contemporáneos, Carlos Pellicer llevó a cabo la más audaz interpretación verbal del paisaje. Sus “Esquemas para una oda tropical” proponen la traslación al dominio poético de la sensualidad palpitante de su tierra nativa. En los versos de Pellicer, el paisaje del trópico aparece plasmado con todas sus sílabas sensuales, sus frutos de sabores recién descubiertos. Al igual que sus compañeros de generación, de cuya poética se sentía tan lejano, Pellicer fue un gran caminante y explorador del Valle de México, ese que

<sup>11</sup> Jorge Cuesta, «Retrato de Gilberto Owen». En *Poemas, ensayos y testimonios*, vol. 5 (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1981), 13.

Jaime Torres Bodet vio como el mejor y más fino maestro de dibujo. El mismo que años después Octavio Paz incorpora al frente de los poemas en prosa de su libro *¿Águila o sol?*: “¡Adolescencia, tierra arada por una idea fija, cuerpo tatuado de imágenes, cicatrices resplandecientes! El otoño pastoreaba grandes nubes, acumulaba esplendores en los picos, esculpía plenitudes en el Valle de México, frases inmortales grabadas por la luz en puros bloques de asombro”.

En su extensa labor poética reunida en el volumen *Tarde o temprano*, a partir de su libro *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, José Emilio Pacheco reflexionó de manera lúcida y amarga sobre el presente y apocalíptico futuro de la urbe. En un poema de su libro *Los trabajos del mar* aparecen los volcanes, nuestros vecinos más distantes, aunque difícilmente podamos mirarlos desde la ciudad, cuando antes estaban allí a todas horas y desde cualquier perspectiva:

Ayer el aire se limpió de pronto  
Y aparecieron las montañas.  
Siglos sin verlas. Demasiado tiempo  
sin algo más que la conciencia de que están allí circundándonos.  
Caravana de nieve el Iztaccíhuatl.  
Crisol de lava en la caverna del sueño,  
nuestro Popocatepetl.

Si el poema de Pacheco “Las ruinas de México” es el supremo testimonio sobre el terremoto que hace treinta años cambió para siempre el paisaje físico y espiritual de la urbe, es porque en sus versos hay afirmaciones tan rotundas y objetivas como verdades científicas.

Crece en aire el polvo,  
llena los cielos.  
Se hace de tierra y de perpetua caída.  
Es lo único eterno.  
Sólo el polvo es indestructible.

La mayor parte de los fragmentos compartidos hablan de un presente dramático y un futuro que de existir será aún peor. Alan Weisman ha hecho en su libro *The World without us*, un diagnóstico sobre el mundo impetuoso y renovado que resurgiría sin nuestra presencia omnipresente y dominante. Sin embargo, permítanme oponer a ese Apocalipsis mi irresponsable optimismo. Confío en que nuestra ciudad no sólo habrá de sobrevivir, sino habrá de seguir cambiando y adaptándose a su incontrolable crecimiento.

Gabriel García Márquez lo dijo sobre Cartagena de Indias: “cómo será de noble esta ciudad, que a pesar de tantos siglos no hemos podido destruirla”. El año 2021, nuestra Ciudad de México cumplirá siete siglos de haber sido fundada por sus primeros habitantes. El paisaje de entonces no es el de ahora. Tenemos, sin embargo, el enorme privilegio de vivir en un gigantesco acumulador de energía que nos permite viajar en el tiempo y en el espacio.

Doña Clementina Díaz y de Ovando, cuyo centenario de natalicio recordaremos el próximo año, solía repetir la expresión del liberal Juan A. Mateos: “Qué país, qué paisaje, qué paisanaje”. Lo maravilloso de la frase es su polisemia. Puede expresar asombro o reproche, admiración o condena. La misma ambigüedad está contenida en las palabras con las cuales fray Diego Durán se refiere a las expresiones de los fundadores de la ciudad: “¿Dónde merecimos nosotros tanto bien? ¿Quién nos hizo dignos de tanta gracia, grandeza y excelencia? Ya hemos visto lo que deseábamos y hemos alcanzado lo que buscábamos y hallado: nuestra ciudad y asiento”.

Por todos los motivos anteriores, este pequeño núcleo que ahora somos en la Casa de la Primera Imprenta, “en la parte más verde y honda de la vieja ciudad”, en “esta región de ruina”, como escribió Efraín Huerta, es uno de los núcleos que por el solo hecho de nombrar a la Ciudad está contribuyendo a rescatarla.

### **Bibliografía**

Álvarez, José Rogelio. *Enciclopedia de México*. México: Secretaría de Educación Pública, 1987.

Bernal, Ignacio. *Tenochtitlan en una isla*. México: Secretaría de Educación Pública e Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1980.

Bonifaz Nuño, Rubén. *As deoros*. Sevilla: Gráficas del Sur, 1980.

Castro, Casimiro. *México y sus alrededores*. México: Editorial del Valle de México, 1855.

Cuesta, Jorge. «Retrato de Gilberto Owen». En *Poemas, ensayos y testimonios*. Vol. 5. Textos de Humanidades, Difusión Cultural. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.

Filsinger, Tomás. *CD, atlas y vistas de la cuenca, valle, ciudad y centro de México a través de los siglos XIV-XXI*. Edición limitada. México: Cooperativa Cruz Azul, 2005.

Gage, Thomas. *A New Survey of the West-Indies*. Londres: Al Clark, 1677.

Fuentes, Carlos. *Los días enmascarados*. Edición original: *Los presentes*. México: Era, 1954.

Huerta, Efraín, *Poesía completa*. Ed. por Martí Soler. Colección Letras Mexicanas. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Humboldt (von) Alexander. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina. México: Porrúa, 1966.

Iturriaga de la Fuente, José. *El medio ambiente de México a través de los siglos: crónicas extranjeras*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

Huerta, Efraín. *Los hombres del alba*. México: Géminis, 1944.

Knechtel, Wilhem. *Las memorias del jardinero de Maximiliano. Apuntes manuscritos de mis impresiones y experiencias personales en México entre 1864 y 1867*. Estudio introductorio de Amparo Gómez Tepexcuapan. Traducción del alemán de Susanne Iglér. Diseño y cuidado de la edición de Jean-Gerard Sidaner. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2012.

Kollonitz, Paula. *Un viaje a México en 1864*. Traducción del italiano de Neftalí Beltrán. Prólogo de Luis G. Zorrilla. Ilustraciones de Antonio Barrera (SEP Setentas 291). México: Secretaría de Educación Pública, 1976.

Latrobe, Charles Robert. *A Rambler in Mexico*. Londres: R. B. Seeley y W. Burnside, 1836.

Lawrence, Buell. *Environmental Imagination. Thoreau, Nature Writing and the Formation of American Culture*. Cambridge: Harvard University Press, 1996.

Lizalde, Eduardo. *Tercera Tenochtitlan*. México: Katún, 1983.

Millán, María del Carmen. *El paisaje en la poesía mexicana*. México: Imprenta Universitaria, 1952.

Novo, Salvador. *XX poemas*. México: Talleres Gráficos de la Nación, 1925.

Paz, Octavio. *¿Águila o sol?* México: Fondo de Cultura Económica, 1995.

Pacheco, José Emilio. *Los trabajos del mar*. México: Visor Libros, 1983.

Pacheco, José Emilio. *Tarde o temprano. Poemas 1958-2009*. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Owen, Gilberto. *Novela como nube*. Introducción de Vicente Quirarte. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

Quirarte, Vicente. *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*. México: Cal y Arena, 2001.

Ulloa del Río, Ignacio. *El Paseo de la Reforma. Crónica de una época (1864-1949)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

Weisman, Alan. *The World without us*. Aue: Martin's Thomas Dunne Books Press, 2007.